Capítulo III: La construcción de las identidades bajo la perspectiva de género

La construcción de las identidades se presenta como un problema muy complejo debido a que implica la consideración de múltiples factores que manifiestan el lugar donde nacimos, la raza, la lengua que hablamos, el espacio que habitamos, esto es, formas de vida que van configurando las identidades que vistas desde la perspectiva de género añaden un elemento más al contexto social desde donde se establecen las identidades individuales y colectivas.

De acuerdo a Eric Hobsbawn (1996, p. 89), las identidades colectivas se definen frente a otros, a un "nosotros" donde nos reconocemos porque somos diferentes a "ellos," quienes de no existir, no tendría sentido la pregunta, de aquí que las identidades colectivas se basen no en lo que se tiene en común sino en no ser "los otros". También señala Hobsbawn que hay colectividades basadas en características objetivas que sus miembros tienen en común como puede ser el género, la raza, el grupo social y se trata de construcciones sociales que se pueden llevar en combinación, pues nadie tiene una sola identidad y además se desplazan pudiendo cambiar en varias ocasiones.

En el caso del movimiento popular estudiado, se trata de características objetivas y de alianzas de grupos con fines y valores específicos relacionados a la vida cotidiana, a sus necesidades económicas, a la vivienda, mejora de los servicios y de las condiciones sociales, y desde la perspectiva de género, la idea de la identidad femenina es algo que debe ser descubierto y no creado de antemano.

El análisis de las identidades nos remite a los contextos históricos desde donde se producen y crean, así como a las relaciones entre individuo y colectividad. Hablar de

identidad es entender que se trata de relaciones que se constituyen en la interacción social y que a partir de allí se definen, que no es un atributo o una esencia del sujeto. Son procesos dinámicos que se transforman con el tiempo y pueden estar referidos a elementos culturales tradicionales, a la patria, la religión, el género. (J. M. Valenzuela: 2000, pp. 27-30).

Una de las características identitarias del movimiento analizado fue su sentido de pertenencia social hacia una colectividad y un sentimiento de lealtad para con las metas propuestas, mismas que fundamentaron la dimensión simbólica de las relaciones sociales y de sus representaciones e imaginarios.

Lo que habría que preguntarse es si la construcción de este sentido de pertenencia que condujo a la acción social, motivó una identidad sustentada en el género. A lo cual respondemos que la participación colectiva femenina logró en su proceso de auto definición un reconocimiento social y genérico que se mostró a través de acciones políticas y de su aparición en el ámbito de lo público, aun y cuando sus demandas derivaron del ámbito privado, consecuencias que analizaremos más adelante.

La identidad de género que pudiera construirse mediante la participación de las mujeres en este movimiento popular no se proyecta en sentido estricto en una postura feminista, sin embargo, tampoco implica que no exista una toma de conciencia crítica de su posición de subordinación como mujeres al interior de estos espacios colectivos al reconocerse como parte de un sector marginado y oprimido.

"Los riesgos y retos de estos grupos de mujeres de sectores populares consisten en que puedan enfrentar las dificultades inherentes a su proceso natural de institucionalización, proceso que viene dado, en buena medida, por el éxito en la gestión de las necesidades y por la sensibilidad lograda a partir de la identidad genérica. Entre estas dificultades aparecen, por un lado, las derivadas de la conformación interna del movimiento de las

mujeres como sujetos sociales y, por otro, las externas que delimitan la relación de estas instancias de mujeres con otras instituciones de lo social y con la política como tal." (Esperanza Tuñón Pablos: 1992, pp.182-183).

3.1. El sistema patriarcal y su modelo androcéntrico

De acuerdo a las propuestas teóricas del feminismo, las sociedades se rigen por el modelo androcéntrico que se manifiesta a través de la razón patriarcal centrada en el dominio masculino sobre las mujeres. Se trata de una construcción cultural sostenida por un proceso dicotómico de las conceptualizaciones ideológicas respecto a lo femenino y lo masculino, lo público y lo privado, que operan como estructuras valorativas y jerarquizantes de los espacios que se adjudican al hombre y a la mujer, y muestran características de valoración recurrentes hacia las actividades que configuran el espacio de lo público, esto es, de la competencia, del reconocimiento o de lo que está expuesto a la mirada pública (Amorós: 1990, pp. 8-9).

Las propuestas de Amorós parten de la hipótesis de que existe una constante ideológica según la cual las sociedades dentro de sus divisiones internas, intrasociales e intraculturales, se rigen mediante el esquema conceptual que separa por contraposición a la naturaleza de la cultura, constituyéndose dicotomías categoriales que caracterizan las diferencias: hombre-mujer en función de ordenaciones simbólicas las cuales otorgan a la mujer el espacio semántico e ideológico de la naturaleza y al hombre el de la cultura (Amorós: 1985, pp. 31-32).

Dichas asociaciones conceptuales de mujer-naturaleza y hombre-cultura han sido construcciones culturales derivadas de las diferencias biológicas entre los sexos que a lo largo de la historia han propiciado la desigualdad social y la opresión, demostrando que las diferencias biológicas entre el hombre y la mujer sólo tienen sentido dentro de sistemas de valores definidos culturalmente y que todas las culturas relacionan a la mujer con algo que subestiman, esto es con la naturaleza. De aquí que la mujer, dada su fisiología y función reproductora, se encuentra más cerca de la naturaleza y crea de forma natural, no así los hombres, quienes tienen que buscar medios culturales de creación a través de la tecnología y los símbolos. Es por esto que el papel social de la mujer se percibe muy próximo a la naturaleza por su relación con la reproducción, relegándola al ámbito de la familia y de lo doméstico en oposición al aspecto público de la vida social (Ortner: 1974. p. 67, en Moore: 1991, pp. 28-36).

Al analizar los movimientos populares liderados y constituidos por mujeres se revelan las formas de dominación del modelo androcéntrico bajo el sistema patriarcal que opera dentro de la tradición de la cultura mexicana y latinoamericana, formas que determinan la subordinación de la mujer a través de la cohesión del grupo familiar y donde el hogar funciona como el eje reproductor de las relaciones de género entre los hombres y las mujeres, así como de la identidad y distribución de los roles de acuerdo a "lo femenino" y "lo masculino". En nuestro caso, como lo veremos más adelante, la participación de las mujeres en actividades políticas propicia una toma de conciencia de la subordinación que padecen, y de las relaciones de poder establecidas al interior de la familia mediante la distribución de los roles y de acuerdo a la división sexual del trabajo.

Dentro de las propuestas teóricas del feminismo la categoría de "género" ha sido definitiva para estudiar las relaciones de poder entre los sexos, esta categoría responde a la

necesidad de desvelar el lugar de opresión de las mujeres a lo que Gayle Rubin designó como el sistema sexo/género, refiriéndose a un conjunto de normas que transforman la sexualidad biológica en productos culturales bajo el cual cada sociedad construye su propio sistema, mostrando cómo la subordinación de las mujeres es producto de estas construcciones que producen la sexualidad y el género (Gayle Rubin: 1986, pp. 95- 144).

En las perspectivas teóricas del análisis de género se agrupan dos enfoques: el que trata de desentrañar la lógica interna y las relaciones entre los símbolos, y el que analiza la relación entre los símbolos y sus significados y la relación con los diversos aspectos de la vida social. El primer enfoque es más culturalista, y el segundo más sociológico; ambos enfoques, sin contraponerse, intentan definir las construcciones simbólicas del género y de la sexualidad y detectar las influencias económicas, políticas y sociales que contribuyen a la construcción del género y a cierto tipo de orden social (Marta Lamas: 1996, p.119).[36]

En nuestro estudio, retomaremos ambos enfoques tratando de analizar la lógica interna y las relaciones entre los símbolos y sus significados dentro del contexto social del movimiento social investigado y de acuerdo a las creencias, concepciones y supuestos culturales de los grupos analizados.

La presencia de la mujer en el movimiento estudiado es mayoritaria, como lo ha sido en muchos otros movimientos sociales a nivel internacional que conllevan estas mismas características. Aunque existe una lideresa, también podemos hablar de un

[36] El enfoque culturalista insiste en que ningún símbolo de género particular puede ser comprendido a cabalidad si no se determina su ubicación precisa en un sistema más amplio de símbolos y significados. En otras palabras, no se trata únicamente de entender lo que significan por separado "lo masculino", "lo femenino", "el sexo" y "la reproducción" en cualquier cultura dada, sino de asumir que esos significados se aprehenden mejor cuando se les inserta en un contexto más amplio de significados interrelacionados. Así pues, el propósito central consiste en establecer el significado de los símbolos sexuales y de género de acuerdo con otras creencias, concepciones, clasificaciones y supuestos culturales (Ortner y Whitehead: 1996, p.130).

desempeño de participación ciudadana de las mujeres que conforman este movimiento como vocales de la organización de colonos, jefas de manzana, presidentas y representantes de casillas durante las elecciones y secretarias de la mesa directiva, entre otras.

En las colonias estudiadas, hablamos de un movimiento social entre cuyos objetivos encontramos la necesidad de adquirir un pedazo de tierra y la construcción de la vivienda, objetivos que lograban justificar y de alguna manera subestimar la participación femenina, por tratarse de actos que parecían no transgredir los límites de " lo privado" al relacionarlos con problemas que involucraban al hogar y la familia.

Sin embargo, al analizar a estos grupos de mujeres observamos que cuando se dedicaron a la recolección de la basura, actuaron en el espacio de " lo público" denunciando los abusos de los precios impuestos en la compra del vidrio, aluminio y cartón; entablaron una lucha por obtener un medio de ganarse la vida; resistieron las presiones respecto al pago de renta por la utilización del suelo donde se arrojaba la basura. Así, el espacio se convirtió en el lugar de la práctica social y política, práctica que propició distintos sistemas de intercambio y procedimientos de negociación con los"caciques" de los tiraderos, mismos que llevaron a nuevas toma de decisiones y reconocimiento de liderazgo como sucedió en el caso de Amelia Mata.

La lideresa inició una lucha sustentada, en sus orígenes, en intereses económicos como fueron la compra y venta de la basura, así como la pelea por obtener los desperdicios más cotizados de los camiones recolectores de basura, entre los cuales estaban los de la Cervecería y la Industria del Vidrio. Esto debido a la cantidad de botellas, vidrio y materiales que contenía, lo cual provocaba verdaderos conflictos entre los diversos líderes de los tiraderos pues todos intentaban que los camiones depositaran en sus lotes los contenidos de la basura. Al respecto veamos un fragmento del discurso de Amelia Mata:

Don Genaro --otro líder-- sacó una navaja cuando le quité la Cervecera. Venía en el camino a meterla para adentro, o sea, era un camión que tiraba basura, una tolva, y esa pos traía mucho material, cuando le tocaba a una gente pues se alivianaba bastante, porque era mucho aluminio de bote, tapitas de bote, fierro que la gente vendía.
En varias ocasiones habían quitado este camión a otros pepenadores, pues los caciques se creían los dueños de todo el tiradero y agarraban un pedazote de área.
Les tiraban puras de Cervecería y puras particulares. Yo primeramente le quité a la brava, me subí arriba del camión y le dije: Dale por aquí, y le va a entrar por acá por donde yo vivo. "No, pero es que éste va directo para Daniel (otro líder) y ahorita Don Genaro me va a decir donde lo tire". No, no, no, usted se va a agarrar corte por corte con cada persona y si no lo hace así, no lo vamos a dejar entrar.[37]

Desde la perspectiva de las relaciones de poder entre hombres y mujeres sustentada en los elementos discursivos y simbólicos de las dicotomías conceptuales entre los roles de las acciones propias de "lo masculino" y de " lo femenino", encontramos que la lideresa Amelia Mata se enfrenta a una lucha política con los diversos líderes para conquistar los espacios de poder y lograr una equitativa distribución de la basura, y que su actitud y sus prácticas no responden a una visión pasiva y sumisa frente a los líderes masculinos, lo cual viene a desmentir la posición de que la mujer participa en objetivos que finalmente tienen que ver con las asignaturas de las tareas domésticas.

[37] Entrevista a Amelia Mata, Abril, 1990

Bajo la perspectiva del análisis del discurso, tomando en cuenta los postulados de las formaciones imaginarias de Pêcheux (1975), esto es el lugar social y cómo se designan contextos determinados en la estructura de una formación social donde lo esencial es la serie de formaciones imaginarias que los participantes se hacen de sí mismos y del otro, encontramos que en el fragmento de discurso citado la utilización del término "cacique" implica un conocimiento de las posiciones del sistema político donde el cacique representa una forma informal de dominio de un grupo social. Y aunque el término tiene un significado plural, Amelia Mata lo aplica en su contexto al referirse a un líder con poder local.

Castillo Berthier (1983, p. 21), propone que existen características fundamentales del caciquismo que en conjunto pueden ser identificables en el problema de la basura en la ciudad de México, como son: que el cacique emerge de su misma comunidad; gana el poder por imposición propia; sostiene a un grupo incondicional de seguidores; mantiene relaciones de servidumbre con sus trabajadores; es autocrático y arbitrario; utiliza la violencia como forma de control; es reconocido como líder tanto por los residentes de la comunidad como por las autoridades locales; es el principal medio para el otorgamiento de beneficios materiales a la comunidad; forma un gobierno informal dentro del propio gobierno.

La participación de la lideresa en la invasión de terrenos, en la disputa por los beneficios económicos del grupo con respecto a la venta y distribución de basura, y su lucha por la legitimación de su liderazgo, han representado una fuerte experiencia politizadora en su trayectoria y revelan una vinculación con su deseo de poder. Pues una vez logrados sus primeros objetivos y demostrada su fuerza --poder de concertación y logro

de beneficios-- la influencia de Amelia Mata fue creciendo, de manera que cuando se enfrenta con otros grupos de predios vecinos, empieza a ser apoyada por su grupo. De este modo, Amelia Mata surge al mismo tiempo que se forma y establece la comunidad y sus acciones se orientan a la resolución de los problemas.

A través de las acciones de agresividad y competitividad de la lideresa, encontramos que la subordinación de la mujer propuesta por el feminismo, así como los roles de identidad de "lo femenino" y "lo masculino," no responden, en el caso de este movimiento, a las categorías planteadas por dicha teoría, pues " lo público:" considerado también lo político y lo económico, no representa, en este caso, el espacio de lo masculino, por el contrario, lo político, esto es, las relaciones de poder, está dominado por las mujeres, lo cual muestra cómo las definiciones de la categoría "hombres" o "mujeres" y las divisiones sexuales del trabajo son construcciones culturales de género, propias de circunstancias históricas y no significan categorías universales e inamovibles.

También debemos tomar en cuenta que este movimiento social, una vez terminada la lucha por la distribución de la basura, continuó con su participación política para lograr la posesión del suelo y la instalación de los servicios como: agua, luz, drenaje y finalmente pavimentación.

3.2 La construcción de una identidad colectiva

La respuesta del grupo social liderado por Amelia Mata fue determinante en el apoyo hacia la lideresa. Los colonos se identificaron con la dirigente como el medio para resolver las carencias urbanas y como la posibilidad de conseguir un terreno y una vivienda

donde instalarse. El hecho de que la lideresa viviera como ellos y entre ellos, con sus mismas carencias y limitaciones, ayudó a lograr una mayor cohesión entre el grupo.

Maffesoli (1984),[38] citando a Durkheim, señala que toda sociedad necesita un "conformismo moral", que debe entenderse como un conformismo-conformidad en las costumbres, una suerte de necesidad intrínseca que permite la existencia del ser-conjunto. En el caso estudiado, encontramos esa necesidad intrínseca en la propia lucha por los terrenos así como por el lugar espacial desde donde se reconocen como grupo. Son todos "pepenadores" con las mismas carencias y marginalidad, con relaciones de parentesco, muchos de ellos migrantes, algunos provenientes de otros estados o municipios, características que propician un sistema de representaciones y simbolizaciones en torno a fines.

La identidad es una construcción cultural dinámica, un proceso a través del cual grupos e individuos negocian varias identificaciones con gente, movimientos, hechos, género, nacionalidad. Algunas de las identidades más dinámicas se dan en la política mediante alianzas, estrategias, y nunca son fijas (Kelley, Robin: 2002, pp. 14-15).[39]

El movimiento popular que analizamos está constituido mayoritariamente por mujeres, quienes son las responsables de asistir a las reuniones de la colonia, también de acompañar a Amelia Mata en las gestiones para lograr los servicios en sus viviendas, participan en comisiones y manifestaciones, en las audiencias con funcionarios, además de trabajar en la promoción del voto y en los grupos de padres de familia de sus escuelas, lo

[38] Ver Maffesoli, Michel: 1990, pp. 78-79. 1ª Edición, en El Sujeto Europeo. Comps Josefina Casado y Pinar Agudiez. Ed. Pablo Iglesias. Madrid.

[39] Ver Kelley, Robin: 2002, pp. 14-15, en Istor, Revista de Historia Internacional. Año III. Núm 11. Invierno 2002. Ed. CIDE, México.

cual propicia una identificación de género y roles y un manejo de los conflictos tanto en "lo público" como en " lo privado."

Otro de los factores identificatorios en este grupo de colonos es el haberse asentado en terrenos que fueron depósitos de basura, lo cual obligó a entablar una lucha en condiciones muy precarias donde los conflictos eran permanentes y donde se estableció una dinámica entre lo individual y lo colectivo, entre las participantes y las instituciones, como fueron las afiliaciones a los distintos sindicatos y las gestiones ante funcionarios públicos y sus instancias tanto estatales como municipales. Características que generaron una identidad social como mujeres y como comunidad al interior del movimiento y dentro de un contexto social específico.

La identidad como concepto ha sido un problema que los especialistas no han terminado de definir. En algunas ocasiones ha significado las maneras como los individuos y grupos se ven a sí mismos a través de la raza, de las etnias, nacionalidad, género, sexo y en ocasiones clase social. Las identidades no son esencias inmutables y estáticas sino procesos dinámicos que están siempre en movimiento, en diálogo con otras generaciones y otros grupos donde por lo general no hay coincidencias o inclusive expresan concepciones totalmente distintas de lo que es una determinada identidad. Las nuevas identidades surgen de las luchas sociales y políticas y se considera que las identidades más dinámicas se dan en el campo de la política.(Robin, Kelley: 2002, pp. 14-15)

En nuestro estudio, encontramos una identidad de pertenencia, lo cual implica el compartir un núcleo de símbolos y representaciones sociales y una orientación común a la acción, situación que nos lleva a identificar a actores colectivos capaces de pensar, hablar y operar a través de sus miembros o de sus representantes (Giménez, Gilberto: 2000, pp. 59-60). Además una identidad de género que permitió al grupo de mujeres participantes

compartir los mismos objetivos y responder a fines que involucraban las necesidades familiares como lo era la vivienda, la regularización de los terrenos, la obtención de servicios, el poder asistir a las reuniones o manifestaciones con los hijos pequeños, los límites en sus horarios y el "permiso de los maridos", condicionado al cumplimiento de las tareas y horarios del hogar.

Los cambios que se generaron a partir de la participación o acción colectiva de este grupo de mujeres operaron al interior de la vida familiar creando nuevas formas de sociabilidad y transformaciones en las relaciones de poder entre hombres y mujeres, sin descartar las identificaciones con algunos roles tradicionales que apelaban a su condición de mujeres sujeta a patrones culturales como la responsabilidad de la familia, el cuidado de los hijos, la vivienda. Pensamos que dicho proceso consolidó a un mismo tiempo "lo público"y "lo privado" al conjugarse las gestiones para lograr la infraestructura de servicios en las colonias, la privatización de los terrenos, y al mismo tiempo, la afirmación de la familia mediante la vivienda y sus servicios.

La participación social y colectiva generó en estas mujeres una concientización política y social a partir de una práctica y un aprendizaje colectivo, además de flexibilizar los papeles tradicionalmente adscritos a su sexo. El desempeño público, no gubernamental, les ayudó a vivir una nueva identidad y un reconocimiento como actores sociales, así como el poder compartir con otras mujeres una solidaridad de grupo, aunque esto tampoco significaba un contrapoder o una nueva redistribución de las responsabilidades público-sociales entre los dos géneros (Rapold, Dora: 1991, pp. 43-44)

En nuestro caso, seguía presente el sometimiento propio de la condición de ser mujer manifestado en el respeto a los horarios y tareas del hogar, lo cual impedía una

mayor dedicación a la actividad del movimiento pues primero estaban sus responsabilidades familiares.

La lideresa Amelia Mata también era responsable de la manutención de su familia y necesitaba un trabajo para obtener ingresos y al mismo tiempo un espacio que le permitiera tramitar las demandas de las colonias. Objetivos que logró, gracias al sueldo que recibía del estado y del municipio pues fue la manera como pudo desempeñar sus distintos roles de jefa del hogar, dirigente, madre, esposa. No obstante, como lo señalamos anteriormente, esos sueldos se le otorgaban, según sus declaraciones, porque ella siempre había trabajado en el municipio, en el departamento de Ornato, y la CTM la solicitó para comisionarla en la venta de los terrenos. Respecto al sueldo del estado no hizo ningún comentario. Estas condiciones revelan, por un lado, la posición del gobierno respecto a la cooptación de líderes con el fin de reducir la posibilidad de las actividades políticas, y por el otro, la norma de la razón patriarcal que establece como rol femenino: la obligación de resolver los problemas de salud, vivienda, cuidados de la familia y servicios del hogar.

La política de acuerdo a Judith Astelarra (1990, pp. IX-X) puede ser definida como un conjunto de actividades y organizaciones o como un conjunto de relaciones de poder. En ambos casos, los análisis han ignorado la participación de la mujer como resultado de la división sexual del trabajo que transforma el sexo biológico en género social, desigualdad y subordinación de las mujeres como consecuencia de una sociedad patriarcal. Esto explica la acentuación de la separación entre mundo privado: la familia y el trabajo doméstico, y el mundo público: la política, la economía y la cultura. De aquí que la caracterización de la política como espacio de "lo masculino" sea una de las principales dificultades para la incorporación de las mujeres a sus actividades y organizaciones.

Debemos decir que en las comunidades estudiadas se descargaba en la mujer, además de la crianza de los hijos y del trabajo doméstico, la responsabilidad participativa en el movimiento con el fin de que luchara por la vivienda, los servicios, la regularización de la tierra, y que la libertad emanada de estas concesiones propició una identificación con un proceso político y una toma de conciencia en cuanto a sujetos históricos con derecho a la ciudadanía. La denominación democrática concibe a la política como el compromiso colectivo y de participación de los ciudadanos en la resolución de los asuntos de su comunidad. La comunidad puede ser el barrio, la ciudad, el estado(Dietz, Mary G: 1987. p. 21).

En el movimiento popular analizado, algunas de las participantes formaron parte del movimiento Tierra y Libertad, otras, como la lideresa, provenían de familias cuyas madres habían trabajado en sus colonias con los mismos objetivos. Cada grupo presentaba su propia historia, su memoria basada en las convenciones aprendidas por las distintas luchas que habían emprendido, motivos que las llevaban a realizar acciones colectivas basadas en aprendizajes de conflictos anteriores, y en los resultados obtenidos, hechos que explicaban la lógica o las formas de acción colectiva hacia las cuales se veían atraídas y con las que se identificaban (Tarrow:1994, pp. 50-51).

3.3. La identidad de los roles y las relaciones de poder entre los sexos

En nuestras sociedades y de acuerdo al modelo patriarcal que recurre a la naturaleza para explicar las diferencias entre los géneros, se señala que ser mujer significa: ser madre, esposa y ama de casa, roles que se desempeñan en el ámbito de la familia, y que

constituyen los marcos referenciales, que desde la infancia, influyen sobre las mujeres, sobreviniendo como consecuencia una separación entre las esferas de lo público y lo privado cuyos postulados han ayudado teóricamente a esclarecer el por qué las mujeres se encuentran históricamente excluidas de las tomas de decisión, del prestigio social, y cómo esta exclusión se ha centrado en tradiciones y normas que configuran un modelo sociocultural.

Diferenciar lo privado y lo público ha ocupado un lugar preponderante en los debates feministas y las discrepancias se han centrado en la distinción de estas dos esferas sometiendo a juicio la separación y oposición entre ambos espacios. Las feministas liberales sostienen que el liberalismo se sustenta en las relaciones patriarcales y de clase, de manera que la dicotomía entre lo público y lo privado oculta la sujeción de las mujeres.

Por ello, es indispensable señalar que una completa comprensión de la vida social sólo puede operar cuando se reconoce que las dos esferas: lo privado y lo público, están íntimamente vinculadas. No se puede dividir la esfera de un ser humano mujer en cosas que son personales y en cosas que son políticas, se trata de definir las estructuras de poder que las vinculan a un género determinado que produce relaciones de subordinación y conducen a las mujeres hacia ámbitos cerrados, y ese poder excluyente se conoce como poder patriarcal (Amelia Valcárcel:1997, p. 94).

Las mujeres y sus tareas o roles específicos han sido universalmente devaluadas, aunque la distinción entre la vida doméstica y privada de las mujeres, y el mundo público de los hombres, no ha tenido el mismo significado en las sociedades de los cazadores-recolectores que en el actual capitalismo liberal. La razón de esta devaluación de las tareas de las mujeres está vinculada a una estructura patriarcal que originó la separación de lo doméstico o privado y lo público (Pateman: 1989, pp. 39-40).

Con el fin de analizar esta división social entre lo público y privado y la construcción de los roles de acuerdo a la estructura patriarcal y su influencia en las relaciones entre hombres y mujeres al interior de las comunidades estudiadas, así como la simbolización de la diferencia sexual en las prácticas y representaciones culturales, aplicamos una serie de encuestas a un grupo aproximado de 180 mujeres y 50 hombres, todos residentes de las colonias estudiadas. Entendiendo la encuesta como un discurso escrito cuyas condiciones de producción están dadas en un determinado contexto socio—histórico.

Dichas encuestas fueron posibles debido a las relaciones de intercambio que mantuvimos y mantenemos con estas colonias, consistentes en la creación de un proyecto cultural relacionado con la educación y formación de mujeres adultas, situación que ayudó a la realización de este trabajo.

Incorporamos la cotidianeidad como área de reflexión e investigación debido a que en este espacio se manifiestan las estructuras y los mecanismos ideológicos de las acciones y prácticas de las creencias y valores, y permite una lectura de la familia como ámbito no sólo de lo privado sino de lo público. Asimismo, nos propusimos encontrar las causas que dirigen estas prácticas sociales.

Para conocer la importancia y dominio de las relaciones de poder al interior de la familia, conformamos un cuestionario a través del cual tratamos de respondernos las siguientes preguntas: ¿Cómo practicaban las mujeres y los hombres de este grupo social la división sexual del trabajo? ¿Cómo se identificaban con la distribución de los roles? ¿Qué significado tenía la construcción cultural de "lo masculino" y "lo femenino"? ¿Cómo funcionaban los imaginarios y con ello la ideología de género?

Encontramos plenamente identificado el ámbito de lo doméstico como responsabilidad propia de la mujer, así como la obligación hacia el cuidado de los hijos y del hogar, actividades definidas por estas mismas mujeres como naturales y voluntarias, mientras que al hombre se le asignaba el trabajo asalariado, la producción, la manutención de la familia. Sin embargo, observamos elementos contradictorios en nuestras informantes al señalar el trabajo doméstico como algo que estaban obligadas a realizar y que por lo tanto " debía gustarles" o que " para eso se habían casado y que lo hacían por gusto y amor a la familia." Al preguntarles si deseaban cambiar las condiciones de trabajo y los roles que como mujeres se les asignaba, el 88% respondió sí y el 12% no.

Para nuestro estudio, retomaremos los postulados del análisis del discurso propuesto por la escuela francesa dentro de una perspectiva interdisciplinaria la cual incluye los estudios de la relación del discurso con la ideología y el poder. Nos referiremos en primera instancia a algunos de los enunciados que nuestras informantes emitieron al preguntárseles acerca de sus actividades hogareñas, sus gustos e identificación con el trabajo doméstico.

Analizaremos los siguientes enunciados por considerarlos evidentes para mostrar la relación del discurso con la ideología y las construcciones culturales:

1.- Me gusta todo porque de todas maneras lo tengo que hacer.

2.- Todo me gusta, cumplir con mis deberes.

3.- Hogar porque es obligación.

4.- Hogar es una responsabilidad.

5.- Todas las del hogar porque uno ya sabe lo que tiene que hacer, hacer su quehacer lo mejor.

Estas declaraciones resultan de interés pues explicitan la asignación de los roles y de la división sexual del trabajo de acuerdo a patrones culturales establecidos, dejando en sobrentendido la referencia al comportamiento ideal de la mujer en su rol social, y el valor simbólico del género como norma. El discurso es visto como una práctica a través de la cual se manifiesta lo implícito. Como condición para pasar en los niveles de análisis del plano semántico al de la enunciación se procede a analizar lo sobrentendido en el discurso. Los implícitos de los enunciados se manifiestan, según Ducrot, mediante el significado literal o denotativo, ya que el autor afirma que el sentido que se añade a significaciones lingüísticas previas, también se integra al significado de los enunciados dentro del sistema mismo de la lengua; por tanto es a partir del análisis de lo explícito como se decodifican los presupuestos y los sobrentendidos. Mientras el sobrentendido permite sostener algo sin decirlo y al mismo tiempo diciéndolo, lo presupuesto se presenta como una evidencia o aportación propia de los enunciados (Ducrot: 1984, p. 22)

De acuerdo con esta teoría de la enunciación expuesta por Ducrot, analizaremos las estrategias que las emisoras emplean en estos enunciados para hacer que su interlocutor capte el sentido que ellas pretenden comunicar, además de considerar las múltiples ocurrencias posibles de las situaciones donde se utilizan. La enunciación consiste en la aparición del sujeto en el enunciado y la relación que éste tiene con su interlocutor, así como la actitud del sujeto respecto a su propio discurso.

De aquí que nos preguntemos: ¿qué implica semánticamente, o qué significa literalmente tener que hacer algo?

"Tener que" se construye con la partícula "que" y denota la obligatoriedad de la acción significada por el verbo. Denota la necesidad, precisión o determinación de hacer lo

que el verbo significa: hacer o padecer, tener que, sostener, aguantar, mantener. ¿Qué se sostiene, mantiene o se padece?

En este caso, lo sobrentendido responde a una normatividad social generada a partir de la división sexual del trabajo y de la introyección del rol de "lo femenino," donde ser mujer conlleva una serie de definiciones y obligaciones y donde la experiencia subjetiva es la forma en que la gente constituye el sentido de sus vidas, y muestra de qué manera las relaciones de poder estructuran la sociedad (Lauretis:1990, p. 34). La afirmación de una identidad reconocida socialmente genera reconocimiento y este reconocimiento propone criterios discriminatorios entre lo que debe y no debe ser.

Siguiendo con la propuesta teórica de Ducrot (1984), y su teoría de los implícitos, desciframos los sobrentendidos de los demás enunciados: "cumplir con mis deberes". Cumplir significa ejecutar, realizar, obedecer, acatar, llevar a efecto, hacer aquello que se debe o lo que obliga. "Cumplir con mis deberes" equivale a realizar algo que es "mi obligación," puesto que deber es sinónimo de obligación, implica que algo sea de una determinada manera de acuerdo a una norma, ley o principio.

En cuanto al sentido de obligación (véase el enunciado #3) remite a una imposición o exigencia moral que debe regir la voluntad libremente. Esto es una relación jurídica constituida entre dos o más personas, por lo cual el acreedor puede exigir de la otra, deudor, una determinada prestación. Deber por tanto, es sinónimo de compromiso, convenio, contrato, exigencia, dejando en implícito una actitud estoica de un "deber ser" que se impone y al hacerlo implica una orientación ideológica que se sustenta en una convención social.

El enunciado: "Hogar es una responsabilidad" deja en implícito una deuda, una obligación de reparar y satisfacer, por si o por otro, a consecuencia de delito, de una culpa o

de otra causa legal. A su vez, la responsabilidad actúa como carga, obligación, deuda, cumplimiento, compromiso y responde de nuevo a la lógica patriarcal. En cuanto al quinto enunciado: "Todas las del hogar porque uno ya sabe lo que tiene que hacer: hacer su quehacer lo mejor," encontramos que "todas" corresponde a lo que se toma o se comprende en su totalidad: las tareas domésticas. Se pondera el exceso del plural que equivale a cada actividad del hogar o al conjunto de todas las actividades del hogar. Lo interesante es detenernos en ese: "uno ya sabe," ¿qué es lo que se sabe? Es el saber donde las verdades no son puestas en duda pues responden a un saber recibido, inculcado y convertido en norma.

"Saber" es un verbo irregular que denota el conocer muy bien una cosa para conseguir lo que se pretende. "Uno" es un pronombre indefinido, impersonal que se utiliza en lugar del yo y del tú y se constituye en representante de un grupo desde donde se comparte el pensar y actuar. Lo que se sobrentiende en este uso del verbo saber y el pronombre "uno" es la aceptación de los roles y conductas establecidas respecto a la división sexual del trabajo, que propone tareas y desempeños según corresponda al hecho de "ser mujer," a quien por este hecho le corresponden las tareas domésticas del hogar y la crianza de los hijos como actividades propias de su función reproductora, o el "ser hombre", cuyas acciones responden a su participación en los procesos de producción. Ambos términos dejan de manifiesto las representaciones socioculturales del modelo androcéntrico y su lógica patriarcal, así como el contexto histórico de este modelo cultural a través del cual hombres y mujeres internalizan y transmiten sus categorías.

El último enunciado: " Hacer su quehacer lo mejor" lleva implícito la obligación del tener que hacer y del saber como un "deber ser" introyectado, un mandato que debe cumplirse y cuya meta es realizar las tareas del hogar "lo mejor," esto es, con calidad y eficiencia. Indica lo superlativo, la excelencia. Lo que se sobrentiende es que el trabajo

doméstico se sitúa como un objetivo de realización y cumplimiento con excelencia a través de los mandatos de los modelos histórico-culturales.

Al analizar el significado de los enunciados aquí expuestos, observamos que todos ellos connotan una norma de conducta propia donde imperan una serie de convenciones aceptadas. En ellos no podemos dejar de considerar la existencia de una relación entre los aparatos hegemónicos y las prácticas discursivas que competen según la formación social y la coyuntura socio—histórica (Regin, Robin: 1976, p. 142).

Los enunciados estudiados dejan en sobrentendido que la responsabilidad del hogar corresponde a la mujer, que ser mujer significa ser madre, esposa y ama de casa, papeles que cumplen con la expectativa de la asignación de roles de acuerdo al modelo androcéntrico y operan como si se tratara de un entendimiento común. Existe una plena identificación de nuestras informantes con la división sexual del trabajo, que al mismo tiempo puede interpretarse como un "deber ser", una práctica social codificada entre los sexos a manera de precepto en donde el saber es valorizado repartido y atribuido (Foucault: 1970, p. 18).

Analizaremos enseguida los enunciados de nuestros informantes masculinos para ver cómo se refuerza el discurso de la razón patriarcal y cómo se identifica la división sexual del trabajo de acuerdo a los roles de "lo femenino" y "lo masculino". El 35 % de nuestros encuestados deseaba que su mujer trabajara fuera del hogar y colaborara con el ingreso económico, sin embargo, enfatizaban que también debían atender el trabajo doméstico, consideración que sometía a la mujer a la "doble jornada." El 65% restante respondió que no le gustaba que su mujer trabajara porque "para eso trabajaba el hombre" y además porque "descuidaban las tareas del hogar y el cuidado de los hijos", inclusive dijeron que "se verían afectados en sus relaciones".

Estos testimonios de nuestros informantes han sido elementos clave para desvelar las relaciones entre la vida individual, la cotidianeidad y los procesos sociales en un momento histórico determinado y de acuerdo a las necesidades materiales de ciertos grupos sociales. A través de las prácticas discursivas observamos una identidad genérica sostenida en el modelo androcéntrico como norma a través del cual hombres y mujeres aprenden y transmiten las características sociales, emocionales, económicas, ideológicas, que deben constituirlos.

En los enunciados emitidos por estos informantes destaca: "para eso trabaja el hombre", el cual retomando a Ducrot (1984), y su teoría de los implícitos, descubrimos que en el uso del "para eso" la preposición para y el demostrativo "eso" implican la manutención del hogar y deja en sobrentendido la responsabilidad masculina de sostener a la familia. También es importante considerar la percepción de los hombres de esta comunidad respecto a que si la mujer trabajara se "verían afectadas sus relaciones". Lo cual muestra la introyección del patrón cultural respecto a la identidad de roles y la distribución sexual del trabajo, pues al trabajar la mujer fuera del hogar se transgrede la norma que establece que a la mujer le compete el ámbito de lo doméstico, y al no respetarlo, el hombre siente alteradas sus relaciones de pareja, quedando en implícito el rompimiento de su estatus social, el no cumplimiento con lo culturalmente establecido, y el desequilibrio emocional y de relaciones de poder entre la pareja.

Sin embargo, el hecho de que un 35% de nuestros encuestados estuviera de acuerdo en que su esposa trabajara son indicadores de un cambio significativo en función de los roles asignados y de las normas sociales. Uno de los factores que seguirá influyendo en este cambio son las crisis económicas que golpean fuertemente a los sectores marginados.

La participación de este grupo de mujeres en el movimiento social estudiado propició que asumieran el espacio de lo político, aún cuando ello no rompió mayoritariamente con los roles tradicionales de acuerdo a la razón patriarcal. Sin embargo, esta experiencia les permitió vivir una nueva identidad: la de actores sociales, además de colaborar con otras mujeres, compartir objetivos de lucha, intercambiar información con los maridos y descubrir valores sustentados en su género, circunstancias que ayudaron a la toma de una conciencia crítica y a una cierta resistencia frente a lo impuesto.

Una de las dificultades para lograr el rompimiento de las estructuras reside en el entrenamiento y significación tanto cultural como física que se reproduce en el hogar, que en ciertos contextos puede funcionar como un espacio para vigilar, jerarquizar, recompensar. Las sociedades al imponer el modelo patriarcal, y a través de él, distribuir sexualmente el trabajo y designar las responsabilidades correspondientes a "lo femenino" y "lo masculino", crean una disciplina que marca lugares e indica valores con el fin de garantizar el seguimiento a lo establecido.

En este sentido Foucault (1975, pp. 150-153), habla de los cuerpos dóciles, del descubrimiento del cuerpo como un objeto y un objetivo de poder que puede manipularse y entrenarse a través del control de las actividades y del empleo del tiempo creando un sistema de disciplina que establece los ritmos, obliga a ocupaciones determinadas, tal como sucedió en los monasterios, en los sistemas carcelarios, escuelas, hospitales, en donde lo que importaba era la repetición, el ejercicio de las actividades del cuerpo pues a través de él se aseguraba la sujeción, la docilidad y la dominación. La disciplina va más allá del mundo de las leyes, y los principios, y empieza a colonizar remplazando los principios legales con principios morales, físicos y psicológicos. De esta manera el poder se revela como una red que permea las relaciones sociales y la subjetividad, y se manifiesta en las luchas políticas

y en la creación de formas de resistencia que buscan liberar al cuerpo de los discursos dominantes de la subjetividad. Y hombres y mujeres son creaciones sociales, productos de disciplina y códigos.

Entre nuestras informantes encontramos el deseo de cambiar las cosas cuando hablaban de sus hijas o de las siguientes generaciones. Expresaban que sus hijas debían estudiar más para que "salieran adelante," o bien: "ser más liberales, trabajar y no estar nada más en la casa." Un porcentaje de un 60% manifestó una cierta inconformidad ante su situación como mujer y se comparaban respecto al hombre y el lugar que éste ocupaba en la familia y en la comunidad. Expresaban que antes " lo que el hombre decía, eso era, y ahora no." También señalaron que no estaban de acuerdo con la educación que ellas habían recibido, "a la antigua y con mucha ignorancia." Algunas de nuestras informantes guardaban recuerdos de mensajes de sus madres: "que teníamos que trabajar para ser alguien en la vida, también con el estudio," "que el trabajo del hogar es para las mujeres pero yo digo que no hay diferencia porque todos tenemos dos manos iguales." Este último enunciado muestra una conciencia crítica y un rechazo del modelo de identidad de roles, creando las condiciones de posibilidad de ruptura y discontinuidad del modelo patriarcal, especialmente en las siguientes generaciones: "las cosas ya no son como antes" diciendo que sus hijas y sus hijos " tenían los mismos derechos."

Sin embargo, el 40% de nuestras informantes declararon trabajar todo el día en las tareas domésticas, lo cual implicaba 8 horas diarias y distribuir la carga de trabajo en sus hijas quienes eran sus principales apoyos en las labores domésticas, aunque también recibían el apoyo de otros miembros de la familia. Esta situación legitimaba el proceso de la división sexual del trabajo y mostró que la dominación de género se enlaza con la economía política y la política cultural, con los aparatos de estado y el espacio de " lo

público" Se trata de un poder que traspasa las casas, la vida doméstica, el parentesco, las redes de trabajo y las instituciones. Opera en todos los ámbitos de la producción cultural e ideológica, se impone en la sexualidad, reproducción, deseos y hábitos.

La perspectiva de género presenta una realidad muy compleja que implica un análisis de las variables y diferencias en las construcciones sociales y la visión del mundo de acuerdo a cada cultura y grupo social, donde no existe nada predeterminado y los cambios se suceden según la época y las circunstancias históricas, si es que realmente suceden en la práctica y no solamente en los discursos.